

NATIVIDAD DEL SEÑOR

MISA DEL DÍA

¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero
que anuncia la paz,
que trae la buena nueva!



La Palabra se hizo carne,
y acampó entre nosotros

PRIMERA LECTURA

Los confines de la tierra
verán la victoria de nuestro Dios

Lectura del libro de Isaías

52, 7 – 10

¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero
que anuncia la paz,
que trae la buena nueva,
que pregona la victoria,
que dice a Sión: «Tu Dios es Rey»!

Escucha: tus vigías gritan,
cantan a coro,
porque ven cara a cara al Señor,
que vuelve a Sión.

Romped a cantar a coro,
ruinas de Jerusalén,
que el Señor consuela a su pueblo,
rescata a Jerusalén:

el Señor desnuda su santo brazo
a la vista de todas las naciones,
y verán los confines de la tierra
la victoria de nuestro Dios.

Palabra de Dios.

1.1 Ambientación

Entre el 586 y el 539 antes de Cristo, el pueblo de Dios experimenta la dura prueba del Exilio en Babilonia. La frustración por la derrota y por la humillación nacional, se une a las penalidades de Jerusalén y a la desesperación por comprobar cómo la ciudad de Dios, orgullo de todo israelita, ha sido reducida a cenizas. El pueblo exiliado, siente que Dios le ha abandonado definitivamente y que se ha olvidado de Judá (algunos se preguntan si Yahvé será el Dios liberador, como dice la teología de Israel, o será alguien incapaz de proteger a su Pueblo y de salvar a Judá).

Rodeado de enemigos, perdido en una tierra extraña, amenazado en su identidad, sin perspectivas de futuro, con la fe sacudida, Judá está desolada y abandonada y no ve salida para su triste situación. Cuando, ya en la fase final del Exilio, las victorias de Ciro, rey de los Persas, anuncian el fin de Babilonia, los exiliados comienzan a entrever una pequeña luz al final del túnel; pero entonces, la liberación les parece el resultado de la acción de un rey extranjero y no el resultado de la acción liberadora de Yahvé. Y eso agrava más todavía la crisis de confianza en Yahvé por parte de los exiliados.

El Deutero-Isaías, autor de este texto, es un profeta que ejerce su misión entre los exiliados de Babilonia, procurando consolar y mantener viva la esperanza a un pueblo desilusionado y decepcionado porque la liberación tarda. Los capítulos que recogen su mensaje (Is 40-55) se llaman, por eso, "Libro de la Consolación". Este texto que hoy leemos forma parte de la segunda parte del "Libro de la Consolación" (Is 49-55). Ahí, el profeta (que en la primera parte - Is 40-48 - había anunciado, sobre todo, la liberación del cautiverio y un "nuevo éxodo" del Pueblo de Dios, rumbo a la Tierra Prometida) habla de la reconstrucción y de la restauración de Jerusalén. El profeta asegura que Dios no se ha olvidado de su ciudad en ruinas y va a volver a hacer de ella una ciudad bella y llena de vida, como una novia el día de su boda. Es en este encuadramiento donde podemos situar la primera lectura de hoy.

1.2 Mensaje

A la ciudad en ruinas, llega al mensajero que trae la "buena noticia" de la paz ("shalom": paz, bienestar, armonía, felicidad). Anuncia la "salvación" y proclama el reinado de Dios sobre su Pueblo y su ciudad. Terminó, por tanto, el sufrimiento y la opresión. "Salvación" y "reinado de Dios" van paralelos: la "salvación" llega porque Dios se proclama rey. Él no reinará a la manera de los reyes que conducían al Pueblo por caminos de muerte y de desgracia, sino que ejercerá la realeza para proporcionar la "salvación", esto es, inaugurando una era de paz, de bienestar y de fidelidad sin fin.

El poeta sitúa a los centinelas de la ciudad mirando en todas las direcciones por donde deberá llegar el Señor. El grito de los centinelas no es de alarma, sino de alegría contagiante: ellos ven al mismo Señor volver a su ciudad. Con Dios, Jerusalén volverá a ser una ciudad bella y armoniosa, llena de alegría y de fiesta. El poeta invita a las propias piedras de la ciudad en ruinas a cantar a coro, porque la redención ha llegado. Y esa salvación será testimoniada por toda la tierra, como si el mundo estuviese con la mirada puesta en la acción victoriosa de Dios en favor de su Pueblo.

1.3 Actualización

La reflexión podría hacerse a partir de los siguientes elementos:

✚ La alegría por la liberación de la cautividad de Babilonia y por la "salvación" que Dios ofrece a su Pueblo y a su ciudad, anuncia otra liberación, plena y total que Dios va a ofrecer a su Pueblo a través de Jesús. El nacimiento de Jesús, el Dios que vino al encuentro de su Pueblo y de su ciudad con una propuesta de salvación, nos anuncia que la opresión terminó y que el "reinado de Dios" ha alcanzado a nuestra historia.

✚ La alegría contagiosa de los centinelas y los cantos de alegría de las propias ruinas de la ciudad nos invitan a acoger con alegría al Dios que viene a visitarnos: con su presencia en medio de nosotros, comienza a concretarse esa liberación plena prometida por Dios.

¿Es esa alegría la que nos anima?

✚ Los centinelas atentos que, en las montañas alrededor de Jerusalén, vigilan la llegada del Dios libertador, son un modelo para nosotros: nos invitan a leer atentamente, los signos de los tiempos y a anunciar al mundo la llegada de Jesús.

¿Somos centinelas atentos que descubren los signos del Señor por los caminos de la historia y anuncian su "reinado"?

Salmo responsorial

Sal 97, 1 . 2 - 3ab . 3cd – 4 . 5 - 6

V/. Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

R/. Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.

R/. Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo;
el Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel.

R/. Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera,
gritad, vitoread, tocad.

R/. Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

Tocad la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas
aclamad al Rey y Señor.

R/. Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

SEGUNDA LECTURA

Dios nos ha hablado por su Hijo

Lectura de la carta a los Hebreos

1, 1 - 6

En distintas ocasiones y de muchas maneras
habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas.
Ahora, en esta etapa final,
nos ha hablado por el Hijo,
al que ha nombrado heredero de todo,
y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo.
El es reflejo de su gloria, impronta de su ser.
El sostiene el universo con su palabra poderosa.
Y, habiendo realizado la purificación de los pecados,
está sentado a la derecha de Su Majestad en las alturas;
tanto más encumbrado sobre los ángeles,
cuanto más sublime es el nombre que ha heredado.
Pues, ¿a qué ángel dijo jamás:
«Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado», o:
¿«Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo»?
Y en otro pasaje, al introducir en el mundo al primogénito, dice:
«Adórenlo todos los ángeles de Dios.»

Palabra de Dios.

Aleluya

**Aleluya, aleluya.
Nos ha amanecido un día sagrado:
venid, naciones, adorad al Señor,
porque hoy una gran luz
ha bajado a la tierra.
Aleluya.**

2.1 Ambientación

La Carta a los Hebreos es un escrito de autor anónimo y cuyos destinatarios, en concreto, desconocemos (el título "a los hebreos" proviene de las múltiples referencias al Antiguo Testamento y al ritual de los "sacrificios" que la obra presenta)

Es posible que se dirija a una comunidad cristiana constituida mayoritariamente por cristianos venidos del judaísmo; pero ni eso es totalmente seguro, una vez que el Antiguo Testamento era un patrimonio común, asumido por todos los cristianos, ya fueran los provenientes del judaísmo, ya los venidos del paganismo. Se trata, en cualquier caso, de cristianos en situación difícil, expuestos a persecuciones y que viven en un ambiente hostil a la fe. Son, también, cristianos que fácilmente se dejan vencer por el desaliento, que han perdido el fervor inicial y que ceden a las seducciones de doctrinas no muy coherentes con la fe recibida de los apóstoles. El objetivo del autor es estimular la vivencia del compromiso cristiano y conducir a los creyentes a crecer en la fe. Para eso, expone el misterio de Cristo (presentado, fundamentalmente, como "el sacerdote" de la Nueva Alianza) y recuerda la fe tradicional de la Iglesia.

El texto que se nos propone como primera lectura pertenece al prólogo del sermón. En ese prólogo, el predicador nos presenta una visión global, una orientación y las coordenadas fundamentales con las que va a contar a lo largo de la obra.

2.2 Mensaje

Tenemos aquí esbozadas, con trazos gruesos, las líneas fundamentales de la Historia de la Salvación. Dios es el protagonista principal de esa historia.

El texto alude al proyecto salvador de Dios. Ese proyecto se manifestó, en una primera fase, a través de los portavoces de Dios, los profetas; ellos transmitieron a los hombres la propuesta salvadora y liberadora de Dios.

Viene, después, una segunda etapa de la Historia de la Salvación: "Ahora, en esta etapa final", Dios se ha manifestado a través del propio "Hijo", Jesucristo, el "niño de Belén", la Palabra plena, definitiva, perfecta, a través de la cual Dios vino a nuestro encuentro para "mostrarnos" el camino de la salvación y de la vida nueva. Nuestro texto reflexiona entonces, sin desarrollar, una lógica muy ordenada, sobre la relación de Jesús con el Padre, con los hombres y con los ángeles (lo que nos sitúa en el ambiente de una comunidad que daba importancia excesiva al culto de los "ángeles" y que les concedía un papel preponderante en la salvación del hombre).

¿Cómo se define la relación de Jesús con el Padre? Para el autor de la Carta a los Hebreos, Jesús, el "Hijo", se identifica plenamente con el Padre. Él es el esplendor de la gloria del Padre, la imagen del ser del Padre, la reproducción exacta y perfecta de la sustancia del Padre: de esta forma, el autor de la carta afirma que Jesús procede del Padre y es igual al Padre. En él se manifiesta el Padre; quien le mira, encuentra al Padre.

Definida la relación de Jesús con Dios, el autor reflexiona sobre la relación de Jesús con el mundo. El Hijo está en el origen del universo (y, por tanto, también del hombre); por eso, Él tiene un señorío pleno sobre toda la creación. Esa soberanía se expresa, incluso, en la encarnación y redención: Él vino al encuentro del hombre y lo purificó del pecado: de esa forma, Él completó la obra comenzada por la Palabra creadora en el inicio. Es "el Señor", que posee soberanía sobre los hombres y sobre el mundo, que crea y salva, al que los hombres deben reconocer y acoger.

La igualdad fundamental del "Hijo" con el Padre lo hace muy superior a los ángeles: los ángeles no son "hijos"; Jesús es "el Hijo" y el propio Dios proclamó esa relación de filiación plena, real, perfecta. No son los ángeles los que salvan, sino "el Hijo".

Siendo la Palabra última y definitiva de Dios, Él debe ser escuchado por los hombres como el camino más seguro para llegar a esa vida nueva que el Padre nos quiere ofrecer. Y siendo conscientes de ese hecho es como debemos acoger al "niño de Belén".

2.3 Actualización

En la reflexión y actualización de la Palabra, conviene tener en cuenta los siguientes elementos:

✚ Celebrar el nacimiento de Jesús es, en primer lugar, contemplar el amor de un Dios que rompió las distancias y vino al encuentro del hombre, a pesar de la infidelidad y de los rechazos del hombre. En el día de Navidad, nunca estará de más insistir en esto: el Dios en quien creemos es el Dios del amor y de la relación, que continúa naciendo en el mundo, apostando por el hombre, queriendo dialogar con él, encontrándose con él, y que no desiste de su proyecto de felicidad para el hombre que creó.

✚ Jesucristo es la Palabra viva y definitiva de Dios, que revela a los hombres el camino de la salvación. Celebrar su nacimiento es acoger esa Palabra. "Escuchar" esa Palabra y acoger el proyecto que Jesús vino a presentarnos y a hacer de ella nuestra referencia, debe ser el criterio fundamental que oriente nuestras opciones.

¿La Palabra viva de Dios (Jesús) es, de hecho, nuestra referencia y orienta nuestras opciones? ¿Los valores del Evangelio son nuestros valores? Es necesario escuchar esa Palabra viva y ver en ella la Palabra perfecta, plena y definitiva con la que Dios nos dice por qué caminos andar.

EVANGELIO

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros

✠ Lectura del santo Evangelio según San Juan

1, 1 – 18

En el principio ya existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo,
y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

En la Palabra había vida,
y la vida era la luz de los hombres.
La luz brilla en la tiniebla,
y la tiniebla no la recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan:
éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos
vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera,
que alumbra a todo hombre.
Al mundo vino y en el mundo estaba;
el mundo se hizo por medio de ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.
Pero a cuantos la recibieron,
les da poder para ser hijos de Dios,
si creen en su nombre.
Estos no han nacido de sangre,
ni de amor carnal,
ni de amor humano,
sino de Dios.

Y la Palabra se hizo carne,
y acampó entre nosotros,
y hemos contemplado su gloria:
gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de él y grita diciendo: —Este es de quien dije:
«el que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo».

Pues de su plenitud
todos hemos recibido gracia tras gracia:
porque la ley se dio por medio de Moisés,
la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás:
El Hijo único, que esta en el seno del Padre,
es quien lo ha dado a conocer.

Palabra del Señor.

3.1 Ambientación

La Iglesia primitiva recurrió, frecuentemente, a himnos para celebrar, expresar y anunciar su fe. El prólogo al Evangelio de Juan que hoy nos es propuesto es un buen ejemplo de eso. No se sabe a ciencia cierta si este himno fue compuesto por Juan o si el autor del Cuarto Evangelio utilizó un primitivo himno cristiano conocido por la comunidad joánica, adaptándolo de forma que sirviese de prólogo a ese texto tan peculiar que es el Evangelio según Juan. Lo que sí sabemos es que el himno cristológico que ha llegado hasta nosotros expresa, en forma de confesión, la fe de la comunidad joánica en Cristo en cuanto Palabra, en cuanto a su origen eterno, a su procedencia divina, a su influencia en el mundo y en la historia, haciendo posible, a cuantos crean en él, ser "hijos de Dios". Esas grandes líneas aquí enunciadas van a ser desarrolladas después por el evangelista a lo largo de su obra.

3.2 Mensaje

Al utilizar la expresión "en el principio", Juan enlaza su evangelio con el relato de la creación (cf. Gn 1,1), ofreciéndonos así, desde luego, una clave de interpretación para su escrito. Aquello que él va a narrar sobre Jesús, está en relación con la obra creadora de Dios: en Jesús va a acontecer la definitiva intervención creadora de Dios en el sentido de dar vida al hombre y al mundo. La actividad de Jesús, enviado del Padre, consiste en hacer nacer un hombre nuevo; su acción corona la obra creadora iniciada por Dios "en el principio".

Juan comienza presentando a la "Palabra" ("Logos"). La "Palabra" es, de acuerdo con el autor del Cuarto Evangelio, una realidad anterior al cielo y a la tierra, implícita ya en la primera creación.. Esta "Palabra" se presenta, así, con las características que el Libro de los Proverbios atribuía a la "sabiduría": preexistencia (cf. Pr 8,22-24) y colaboración con Dios en la obra de la creación (cf. Pr 8,24-30). Sin embargo, esa "Palabra" no sólo estaba junto a Dios y colaboraba con Dios, sino que también "era Dios". Se identifica totalmente con Dios, con el ser de Dios, con la obra creadora de Dios. Dios se hace inteligible a través de la "Palabra". Esa "Palabra" es generadora de vida para el hombre y para el mundo, concretando el proyecto de Dios.

La "Palabra" vino al encuentro de los hombres, y se hizo "carne" (persona). Juan identifica claramente la "Palabra" con Jesús, el "Hijo único, lleno de amor y de verdad", que vino al encuentro del hombre. En esa persona (Jesús), "lleno de amor y de verdad", podemos contemplar el proyecto ideal del hombre, el hombre que nos es propuesto como modelo por Dios, la meta final de la creación de Dios.

Esa "Palabra" "plantó su tienda en medio de nosotros". El verbo "skênêô" ("plantar la tienda"), aquí utilizado, alude a la "tienda del encuentro" que, en el caminar por el desierto, los israelitas montaban en medio o al lado del campamento y que era el local donde Dios residía en medio de su Pueblo (cf. Ex 27,21; 28,43;29,4). Ahora, la "tienda de Dios", el lugar donde habita en medio de los hombres, es el hombre-Jesús. Quien quiera encontrar a Dios y recibir de él vida en plenitud (salvación), es a Jesús a quien se tiene que dirigir. La función de esa "Palabra" está ligada al binomio vida-luz que él nos trae. A lo largo del Evangelio, Juan irá mostrando esa historia de confrontación entre la vida-luz y el sistema injusto y opresor que pretende mantener a los hombres prisioneros del egoísmo y del pecado (y que Juan identifica con la Ley. Los dirigentes judíos que se enfrentan a Jesús son el rostro visible de esa Ley). Rechazar la

vida-luz, significa preferir continuar caminando por las tinieblas (en la mentira, en la esclavitud), independientemente de Dios; significa rechazar el llegar a ser hombre pleno, criatura acabada.

Pero el acontecimiento de la "Palabra" implica la participación en la vida de Dios. Juan dice acoger la "Palabra" significa hacerse "hijo de Dios". Para quien acoge la "Palabra"-Jesús, comienza una nueva relación entre el hombre y Dios, aquí expresado en términos de filiación: Dios da la vida en plenitud al hombre, ofreciéndole, así, una vida de calidad que potencia su ser y le permite crecer hasta la dimensión del hombre nuevo, del hombre acabado y perfecto. Esto es una "nueva creación", un nuevo nacimiento, que no provienen de la carne o de la sangre, sino de Dios.

La encarnación de Jesús significa, por tanto, la oferta que Dios hace a la humanidad de la vida en plenitud. Siempre existió en el hombre el ansia de vida plena, conforme al proyecto original de Dios; mas, en realidad, ese ansia queda muchas veces frustrado por el dominio que el egoísmo, la injusticia, la mentira y la opresión (el pecado) ejercen sobre el hombre. Toda la obra de Jesús consistirá en capacitar al hombre para la vida nueva, la vida plena, a fin de que pueda realizar en sí mismo el proyecto de Dios, la semejanza con el Padre.

3.3 Actualización

Perspectivas para la reflexión y actualización del texto:

✚ La transformación de la "Palabra" en "carne" (en el niño del pesebre de Belén) es la grandiosa aventura de un Dios que ama y que, por amor, acepta revestirse de nuestra fragilidad para darnos vida en plenitud. Este día, se nos invita a contemplar, con una actitud de serena adoración, ese increíble paso de Dios, expresión extrema de un amor sin límites.

✚ Acoger la "Palabra" es dejar que Jesús nos transforme, nos dé la vida plena, a fin de convertirnos verdaderamente en "hijos de Dios".
¿El portal de Belén que hoy contemplamos es, únicamente, un cuadro bonito y tierno, o es una interpelación a acoger la "Palabra", de forma que nos haga crecer hasta la dimensión de ser hombres nuevos?

✚ Hoy, como entonces, la "Palabra" continúa enfrentándose con los sistemas generadores de la muerte y trabajando para eliminar todo lo que quita la vida plena y la felicidad del hombre. Sensibles a la "Palabra" viva de Dios, ¿cómo nos situamos ante todo aquello que quita la vida al hombre?
¿Podemos pactar con la mentira, el oportunismo, la corrupción, la violencia, la explotación de los pobres, la miseria, las limitaciones a los derechos del hombre, la destrucción de la dignidad de los más débiles?

✚ ¿Jesús (ese niño del pesebre) es para nosotros la "Palabra" suprema que da sentido a nuestra vida, o dejamos que otras "palabras" nos condicionen y nos induzcan a buscar la felicidad por caminos de egoísmo, de alienación, de comodidad, de pecado? ¿Cuáles son esas "palabras" que a veces nos seducen y nos apartan de la "Palabra" eterna de Dios que resuena en el Evangelio que Jesús nos vino a proponer?

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA LA SOLEMNIDAD DE NAVIDAD. **Misa del Día de Navidad.**

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al Día de Navidad, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo... Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa...

2. Alegría, serenidad, paz.

Los cristianos que van a la Iglesia en este día de Navidad esperan la celebración de un gran día de fiesta. Es necesario hacer que la celebración sea tan festiva como la de la noche. Una celebración que apele a la alegría, a la serenidad y a la paz.

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar la acogida de las lecturas con la oración.

Al final de la primera lectura: Dios y Padre nuestro, por la venida de tu Hijo Jesús a nuestro mundo, nos hiciste descubrir la Luz que disipa las tinieblas, que supera los odios y las discordias, la Alegría que alivia toda pena. Te confiamos a nuestra pobre tierra, sacudida por las guerras. Que la Buena Noticia de la Navidad consuele e inspire a los pueblos oprimidos.

Al final de la segunda lectura: Jesús, Hijo del Dios vivo, reflejo resplandeciente de la gloria del Padre, a ti que conduces todas las cosas con tu Palabra poderosa, a ti que purificaste y reconciliaste a la humanidad, te bendecimos. Manténnos sencillos y rectos ante tu rostro, haznos atentos a tu Palabra y a la de los profetas y apóstoles, que nos hablan de Ti.

Al final del Evangelio: Jesús, Palabra de Dios, bendito seas, porque tu venida iluminó nuestra tierra con una nueva claridad y alejó las tinieblas de la inseguridad y de la desesperanza. Tú que habitaste entre nosotros y nos diste el poder de convertirnos en hijos de Dios, fortalece nuestra fe, haz que estemos atentos a tu presencia.

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística III, con las variantes propias de la Fiesta de Navidad.

5. Palabra para el camino.

Mensajeros

Múltiples mensajes atraviesan nuestro espacio continuamente, portadores de noticias de todo género, que se pierden muchas veces en las ilusiones de la comunicación.

Discípulos de Cristo, somos mensajeros de su Buena Nueva para el mundo.

¿En qué onda nos situamos para permitir que esta Buena Noticia se expanda por toda la tierra?